



EDITORIAL

El «Pacto de Milán»

Mientras las naciones que, como Francia e Inglaterra, parecen haberse empeñado en unir sus destinos a la suerte de fórmulas y sistemas cada día más desacreditados, se debaten en un mar de negociaciones y forcejeos de toda clase para sacar adelante su plan de entente con los Soviets para formar un bloque tripartita que atraiga a sí a las demás potencias democráticas, Italia y Alemania acaban de darnos el ejemplo más rotundo y eficaz de como su nuevo estilo diplomático sabe llegar, sin rodeos ni componendas, antes bien con la claridad terminante del que sabe a donde va y con qué cuenta, a las más completas realizaciones.

El feliz resultado de las entrevistas históricas que en la ciudad de Milán primero y junto al Lago Como después, sostuvieron los pasados sábado y domingo los respectivos Ministros de Negocios Extranjeros señores Conde de Ciano y von Ribbentrop, cristalizando en la firma del acuerdo que pasará a la historia con el nombre de «Pacto de Milán», atestiguan ante el mundo entero, y así demuestran haberlo comprendido las reacciones que han acusado todas las Cancillerías, la más completa solidaridad entre los dos grandes pueblos ante cualquier evento y asegura que en la Europa insatisfecha y todavía no del todo repuesta de la gran convulsión de la última gran guerra, existen dos naciones decididas a apoyarse resueltamente para llevar a fin su ya avanzada obra de pacificación y subsanamiento de cuantos errores dejara en pie y aún provocara el Tratado de Versalles, que si sirvió para poner fin a una cruenta guerra no resolvió ninguno de los problemas por los cuales aquella fué inevitable.

Llevando cada uno la voz de sus Jefes, conductores de las naciones respectivas e ídolos queridos de sus compatriotas, Ciano y Ribbentrop han dejado establecido el más sólido fundamento de la paz con que, hoy por hoy, puede contarse, puesto que su alianza político-militar con toda la fuerza de la formidable organización bélica de ambas naciones, representa el obstáculo insuperable con el que habían de chocar quienes pretendiesen establecer en Europa una hegemonía espiritual o económica que si en tiempos pretéritos hubiera podido resultar—que no lo afirmamos—de conveniencia general, hoy se halla exenta de toda razón de existir.

No es extraño pues que el conocimiento de la conclusión del «Pacto de Milán» haya conmovido al mundo entero y sean muchas las repercusiones en la política exterior y aún interior de buen número de naciones; entre ellas las de ese puñado de Estados centro-europeos cuya perfecta normalidad y equilibrio definitivo no han de verse asegurados mientras no se resuelvan los problemas anteriores a su constitución.

Por nuestra parte y como europeos y españoles, sólo satisfacción nos ha de proporcionar el establecimiento de tan sólida alianza, porque, de una parte, plácenos extraordinariamente que dos naciones, que tan bien han sabido demostrarnos su amistad y comprensión, estrechen entre ellas sus lazos de unión fecunda, y de otro lado, porqué la granítica fortaleza de su identificación militar y política es la más firme garantía de que no prevalecerán en Europa ni ambiciones desmedidas, ni afanes de desintegración.

En broma y en serio

Muy buenas tardes, señores: La Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., exponente del Movimiento, concreción de todos los ideales, cauce de la riada de magnífica juventud plétórica de anhelos y desbordante de entusiasmo que impulsa y mueve a la nueva España, primavera de ilusiones esplendorosas de grandeza y poderío para esta Patria tan nuestra y que tiene culto perenne en todos los corazones, abre sus brazos a todos los hombres de buena voluntad y que con mirada firme, pero sin altiveces ni arrogancias, tienen su vista puesta en Dios, en la Patria y en su Caudillo. Estas únicas credenciales, este clima espiritual son bastantes y suficientes para formar parte de la Gran Familia.

Es verdad que la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. está nutrida por los que han llegado a ella en virtud de una afirmación: Pensar y sentir como Nacional - Sindicalistas, y por otros que han engrasado sus filas como consecuencia de una negación: No ser rojo. Todos debemos considerarnos iguales; más a los últimos debemos prestarles especial atención para conseguir que a donde llegaron por animadversión arraiguen rendidos por el amor a sus postulados y a sus bellas realidades.

Pero que ninguno crea que Falange es trampolín para satisfacer sus ambiciones o apetitos, ni obtener prebendas. Falange es un camino duro, lleno de asperezas, que sólo pide sacrificios y sacrificios continuados y para sus puestos de responsabilidad no cuentan méritos, ni intrigas rastreras que, por otra parte, no pueden producirse. Los mandos no se obtienen, se ganan entre los más aptos y los más capacitados. Se exige su desempeño a los mejores y ésto para imponerles un sacrificio más. Pero si dá la Falange poco para los de espíritu mezquino, mucho para los generosos de corazón: nos proporciona la dulzura de la satisfacción del deber cumplido.

Pensad todos en los que derramaron su sangre. Pensad en los caídos; ellos nada piden, pero desde allá arriba, como luminarias esplendentes nos envían sus destellos señalándonos una conducta: Obedecer, obedecer siempre. Y un camino a seguir: El del eterno renunciamiento.

L. B.

Oliveira Salazar y la Monarquía liberal

por ALBERTO DE MESTAS

Su Majestad la Reina Amelia (viuda del Rey don Carlos, cuyo asesinato de 1908 fué el anuncio de la revolución que dos años después daba al traste con la monarquía portuguesa proclamando la república), en una entrevista concedida a un redactor de «O'Seculo», tras de expresar su complacencia por el renacimiento de Portugal, elogió con entusiasmo la figura austera y genial de Oliveira Salazar, el principal autor de aquel renacimiento.

Nada más justo que el elogio, ni más natural que la desterrada soberana se congratule de la prosperidad del país en que reinó, porque en su espíritu nobilísimo las cuestiones de régimen no se anteponen al problema fundamental del engrandecimiento de su patria. Pero en el elogio de la Reina viuda hay una frase que, disculpada por el cariño, encierra un juicio erróneo sobre las causas de la decadencia de Portugal en los últimos años de la monarquía liberal, y cuál es el motivo de su resurgir pujante.

Dijo la augusta señora: Con ministros como Oliveira Salazar, ¿qué no hubiera podido hacer el Rey Carlos?

Indiscutiblemente para doña Amelia un ministro como Oliveira sirviendo a su marido, hubiera contenido el estallido de la catástrofe y, sin el período angustioso de la etapa republicana, Portugal hubiera encontrado el camino de su grandeza muchos años antes. Pero, aun suponiendo al Rey Carlos dotado de ministros como el actual jefe del Gobierno portugués, nada hubieran podido hacer uno y otro para evitar la revolución que sobrevino, no tanto por torpezas de los gobernantes como por consecuencia lógica del régimen de partidismo liberal imperante en Portugal durante un siglo.

Oliveira Salazar fué un precursor; fué éste el Rey don Miguel I, el Rey legítimo desposeído y desterrado en 1834 por la revolución que entronizó a la monarquía liberal en la persona de la niña Doña María de la Gloria, su sobrina.

Es en todo el pasado siglo la historia de Portugal como un anticipo de lo que ha de ser en los mismos años la historia de España. Allí como aquí el liberalismo expulsa al príncipe representante de los principios tradicionalistas, y entroniza, en ambos países en la persona de dos

niñas, la monarquía parlamentaria, con el sufragio universal y la entronización de la sociedad en innumerables partidos políticos.

En España tuvimos ya una primera revolución en 1868, que desembocó en la primera república, pasando por un breve interregno de monarquía de noventa y cinco representada por un príncipe extranjero. La monarquía portuguesa perduró sin interrupción hasta 1910, año en que ocurrió lo que en España en 1931. La historia de la república portuguesa no necesita recordarse; de 1910 a 1926 es una sucesión ininterrumpida de asonadas, pronunciamientos, revoluciones y continuas persecuciones a la Iglesia.

Por fin en 1926 el ejército portugués arrebató el poder a quienes los arrastraban sin dignidad por el arroyo, como el ejército español lo hizo en Julio de 1936 iniciando la Cruzada de liberación de España, que no ha terminado ya porque aquí el mal era mayor, la sociedad estaba más envenenada, y además muchas naciones extranjeras (no hablemos ya de Rusia, a la que interesa el hundimiento de toda la nación cuyo régimen no sea francamente comunista) prefirieron apoyar, cuando menos moralmente, a los rufianes del que se llamó Gobierno de Valencia que al Ejército que iba a salvar nuestra civilización y la de aquéllas.

Oliveira Salazar no hubiera podido realizar nunca una labor perdurable en la monarquía liberal, porque ni el sufragio universal ni el parlamentarismo son instituciones aptas para fundamentar en ellas nada estable. Para poder haber sido con Don Carlos el salvador del país hubiera sido preciso que cambiara radicalmente el régimen, y el cambio no parecía muy factible con aquella dinastía, que debía su trono precisamente al liberalismo y a la democracia, y que sirvió a éstos tan fielmente que hasta su extinción en 1924 con la muerte del último Rey Don Manuel II, nunca abjuró de ellos.

Si en 1834 no se hubiera torcido la historia de Portugal, y hubiesen reinado con sus principios Don Miguel IX, y su hijo Don Miguel II (muerto en 1926), con ellos sí hubiera podido ser un gran ministro Oliveira Salazar, como lo es en el actual régimen portugués, que puede calificarse como *monarquía electiva de esencia tradicionalista*; como pudiera serlo mañana si la monarquía se restaura en el país hermano, en la persona del joven príncipe Don Duarte Nuño, nieto de Don Miguel I.

Y es que no basta el talento genial de un hombre extraordinario, para salvar a una nación, aun en el caso de Oliveira, dotado como él está de toda clase de virtudes políticas (honradez, austeridad, capacidad extraordinaria de trabajo, clara visión de las realidades, decisión y energía); es preciso que la labor se asiente sobre principios firmes, eternos, inmovibles, no sobre la arena movediza de los partidos liberales característicos de la democracia y del liberalismo.

Ayudad a la gran obra de «Auxilio Social» suscribiendo una Ficha Azul.

Luis Juncá Juscafresa

Médico

Enfermedades de la infancia

Horas de visita: de 11 a 1 y de 4 a 6.

Calle Barcelona, 3 - 1.º - 2.º

GERONA

Palabras del Caudillo

«Queridos compañeros de armas: En estos momentos grandiosos de victoria se hace carne en España el anhelo, tantas veces sentido por muchos de vosotros, de que nuestra nación ocupase en el mundo el puesto que por su historia le correspondía. Esto sucedió porque, en medio de aquel ambiente de pesimismo que se destacaba, quedó perenne en nuestros modestos y desquiciados lugares y en nuestros ruinosos y vetustos cuarteles el fuego sagrado del patriotismo. Sobre estas piedras se constituyó nuestra victoria, que no se hubiera coronado sin el espíritu admirable de nuestra ju-

ventud, la magnífica solidaridad de nuestra raza, el celo y sacrificio de nuestras madres, la ayuda de todos en aquellos momentos, esto es, que nuestro Ejército se fundió con el pueblo en un solo pensamiento, animado por la fe de nuestras virtudes tradicionales. Y surge la unidad y tenemos Ejército y Victoria. Esta hermosa unidad es la gran lección de nuestra guerra, que no podemos olvidar, que pesa y se teme en el extranjero, contra la que se estrellarán los ataques de nuestros enemigos. Por esto necesitamos defenderla, como algo consubstancial con la vida de España.» (Del Discurso de Valencia).

Almacenes ESCATLLAR

FERRERÍA

LAMPISTERÍA

ELECTRICIDAD

OBJETOS PARA REGALO

Rambla Libertad

GERONA